

LXXXIV.

LOS ULTIMOS SACRAMENTOS.

Poco después de haber salido el médico de la estancia de la enferma entró John, y oyó que su madre decía á Julia:—haz que te acompañe mi camarera ó Kelerina; si es posible, haz que llegue aquí mi confesor ántes de la noche, y si no, que venga mañana: quisiera ultimar mis cosas y tener mi pasaporte sellado ántes del delirio. Y tú, John (volviéndose á él), haz que el notario....

—¿Qué? dijo John interrumpiéndole: no quiero ciertamente impedir vuestras devo-

ciones y lo demás; pero ahora no estamos en ese trance.

—Querido John, dijo la enferma: ten la caridad santa de no contradecirme. Puede ser nada, y puede ser todo. El médico dice que es una tifoidea: puede ser el tífus. A éste lo conozco: en pocos días ofusca la mente. Además tengo un presentimiento...

—Oíd, madre mía; no me faltan á mí presentimientos, aunque son contrarios. Por lo demás, si os consuela ver á vuestro confesor, lejos de oponerme, soy hombre capaz de disponer que pongan el coche incontinenti: ir á Newcastle volando en tren especial y en otro especial traeros al sacerdote. Lo que os place á vos, me place á mí. Sólo digo que no debemos dejarnos vencer por las aprensiones, ni colocarnos la venda ántes del golpe. Ayer estábais sana y robusta: no podeis estar hoy en peligro de muerte.

—Ten la bondad de no proseguir, replicó la madre, deja que cuide á mi gusto de mi alma. Precisamente para no hacerlo después de prisa, quiero adelantarme al momento en que surja verdadera necesidad. ¿No podría suceder que mañana ó pasado perdiese la cabeza? ¿Qué mal me hará recibir tranquilamente los Santos Sa-

cramentos algunas horas ántes? Te cojo, pues, la palabra: ve á Newcastle. No hay precisión de que salgas en tren especial; bastará que vayas con el ordinario. Si llega el sacerdote antes de la noche, mañana temprano podré recibir al Señor, y arreglar en los otros días los intereses de la casa.—

John no supo qué responder en contrario, y se fué profundamente afligido. Halló al sacerdote, y habiendo decidido que partirían en el tren último de la tarde, lo indicó por el telégrafo á su madre. Así en la noche del primer día de su enfermedad, mistress Needle pudo satisfacer su santa impaciencia. Antes, empero, de recibir al confesor, reunió á sus hijos. Era un espectáculo sublime el fervor y la serenidad con que la tierna madre, reservando y casi suspendiendo los mil trabajosos pensamientos de la familia, á la cual temía razonablemente deber abandonar para siempre, pensaba en los intereses supremos del alma. Su primogénito se sentó á su lado, y sus hijas permanecieron derechas al pie del lecho: no había nadie más. Dijo la enferma: —Hijos míos, os recomiendo que no os dejéis vencer por vanas aprensiones: quiero pensar en la salud de mi alma con desaho-

go y quietud, lo cual no aproxima la muerte una línea, ni agrava la enfermedad un punto. Como yo, debéis, pues, tranquilizaros y no entristeceros. ¿No os afligiríais cien veces más, si el mal me impidiera después recibir debidamente los consuelos de nuestra Santa Religión? Esperamos que no será nada; más ¿qué se pierde asegurando las cosas? Quiero que si mañana ú otro día se presentan las señales claras de la enfermedad peligrosa, los que me asistan lo hagan con las más diligentes precauciones que prescriba el médico. Que Clara y Clemencia vengan sólo una vez al día, sin acercarse á mi lecho, y solo después de airear la estancia John, cuida de miss Julia, porque conozco que no se cuidará ella poco ni mucho; la he visto cerca de los enfermos. Tendrás que dar órdenes y hecerte obedecer. Abre los ojos, para impedir que ni ella ni otros me sirvan con exceso y con peligro de adquirir el mal.

—Perdonadme, madre mía, dijo John; pero vuestras precauciones son excesivas. ¿No os basta creeros perdida para que os considereis apestada?

—Hijo ¿qué riesgo hay en prever el peligro? Una cautela más no puede perjudicar, sino tranquilizarnos á todos. Recoged

mis palabras como un consejo de vuestra madre: cuando vuestra vida corra peligro grave ó leve, considerad que os avisa el cielo, y haced lo que haré ahora: recibid los Sacramentos de Jesucristo con todo conocimiento y paz inmensa del alma.—

Al oír estas frases, Clara y Clemencia se deshicieron en llanto; aún á John costó mucho contener sus lágrimas. Su madre continuó:—Bendigo, hijas mías, vuestras lágrimas, si prueban el amor que me profesáis; pero no las podría de ningún modo aprobar, si llegase á creer que os amarga el anuncio de los divinos Sacramentos. No debe una hija cristiana lamentarse de que su madre asegure la eterna salvación.... Cuando era hereje (lo fuí por ignorancia en gran parte, y espero que Dios me perdonará), el pensamiento de la muerte me llenaba de terror: ahora, si no me da consuelo, no me desespera. Otro tanto debéis hacer por lo que á mí toca. Miremos todos á la muerte cuando se aproxime; miremos su faz, consolándonos con la esperanza del próximo paraíso, que nos anuncia nuestra santa Religión. Aun cuando quisiera Dios disponer de vuestra madre, no os contristéis *á guisa de los que no tienen esperan-*

za, como dice la Biblia, queriendo indicar que al llanto de los fieles ha de ir siempre unida la confianza de ver de nuevo á las personas perdidas, allí donde no se muere—

Después fué introducido el sacerdote. Si bien no creyó desesperada la cosa, ni gravísima siquiera, aprobó lo hecho por la enferma. No solo recibió su confesión, sino que, atendidas las condiciones de la dolencia, que podía dentro de poco traer el delirio, resolvió administrar el santo Viático á la mañana siguiente. La misma mistress Needle lo anunció á la familia, rogando á Julia que ordenase los preparativos más espléndidos que pudiese. Con la venia del Prelado, el incruento sacrificio se ofreció en la pieza contigua, trasformada en capilla, según lo permitió lo angustioso del tiempo. Hermosísimas flores del jardín, arbustos muy bellos, yerbas olorosísimas, paños blanquísimos, tapetes, vasos de plata, adornos en las paredes, pebeteros ardientes, todo se hizo servir para que la función resultase más digna.

Al acercarse los momentos de recibir la Hostia divina, la enferma se hizo levantar sobre las almohadas y meter en los brazos un abrigo de terciopelo, así como ceñir el

cuello con un rosario bendecido: antes de que le administraran el Sacramento, quiso que su primogénito le leyese la retractación de los errores anglicanos, repitiéndola con voz clara y tranquila. Luego unidas las manos, continuó:—Pues creo y admito las verdades que me ha enseñado la Santa Madre Iglesia católica apostólica romana, dignese Dios perdonarme mi larga resistencia á su vocación, los demás pecados, las faltas que acaso he cometido contra el prójimo, y los malos ejemplos que dí á mis hijos. . . . Perdono á cuantos me hayan hecho mal, aunque no creo tener enemigos. . . . Si ha llegado mi hora, quiera Dios recoger mi alma en su infinita misericordia.—Extendió entonces los brazos, y mirando piadosamente la Hostia encima del copón, comenzó un coloquio tan ardiente con el divino Salvador sacramentado, que sus hijos y familiares, presentes con velas en las manos, no pudieron contener sus lágrimas, mayormente cuando, acordándose de que era madre; dijo:—En vuestras manos pongo á mi familia. . . ., á mi querido primogénito, para que siempre sea digno de su profesión católica. . . ., á mis amadas hijas. . . . ¡Ah, Jesús bendito! Si es vuestra voluntad que queden huérfanas, sed vos

su Padre, y sea su Madre vuestra Madre.—

Recibido el celestial alimento, quedó largo rato absorbida en acción de gracias. Pasó lo restante de la mañana en una quietud placidísima, oyendo con frecuencia algún trozo de la Pasión de Jesucristo, que Julia leía. Dando así tregua á los asuntos del cielo, dirigió su espíritu á los de la tierra. Frecuentemente hablaba con John de las cosas de familia. Entró el notario, que se detuvo hora y media. Entre tanto los síntomas de la enfermedad terrible erau más evidentes á cada momento.

LXXXV.

EL TESTAMENTO Y UNA MEDIA IDEA.

En la tarde del tercer dia desapareció toda duda sobre la naturaleza del mal: tífus declarado. Con todo, Julia estaba siempre alrededor del lecho de la enferma querida: á los avisos amorosos para que obrase con cautela, respondía:—No temais, señora; tomo precauciones.—Seguía su obra, como si hiciese un ramo de flores. Sobre todo por la noche parecía que no hallaba medio de separarse de su pobre calenturienta; salía del cuarto y volvía preguntándole si le faltaba ó no algo, después